

EL SEMANARIO CATÓLICO.

Número del Sábado 8 de Octubre de 1870.

LA VIRGEN.

La divinidad de Jesucristo está probada por la historia y reconocida por todas las sectas, que separadas de la Iglesia, se llaman *Cristianismo reformado*: extraña reforma en una religion divina, llevada á cabo por apóstoles que no han hecho ningun milagro.

Un hombre desgraciado ha querido en nuestro siglo, tan preparado para progresar en el mal, destronar á Jesucristo del s6lio de su divinidad; y á pesar de la mala disposicion de nuestro siglo, el mundo se escandalizó del libro que habia escrito aquel hombre desgraciado para insultar al cristianismo, como quien intenta vengarse de un enemigo que le afrentó un dia.

En ese libro que ha corrido muchas manos, mancillando algunas con el precio de la iniquidad, se ofendia de la manera mas indigna á la mujer immaculada que tuvo la dicha de dar á luz al Salvador del mundo.

Las sectas tanpreciadas en su *fé cristiana*, permanecieron casi mudas ante la herida de Jesus y mudas del todo ante la ofensa de María. ¿Qué significa ese silencio al

lado de la esforzada voz con que la Iglesia cat6lica proclamó una vez mas en mil incontestables volúmenes, la divinidad de Jesus y la integridad de la Virgen María? Ocurrióseme entonces á la vista de un espectáculo tan digno de atencion, el hecho del rey mas sábio del pueblo de Dios: aquella sentencia que puso en claro cuál era la verdadera madre de aquel niño que se disputaban las dos mujeres. Indiferente al horrible fallo de que fuera dividido en dos mitades el niño, aplaudió la falsa madre la sentencia; mientras la que era en realidad su madre, habia palidecido mortalmente, mostrando en la inmutacion de su semblante, la legitima sublevacion de la naturaleza y la indigna perversidad de la mujer falsa y calumniadora que queria arrebatarle el hijo, aun á costa de verle destrozado.

No hablemos de la divinidad de Jesucristo, cuya universal creencia haria monótona y ociosa la demostracion de una verdad tan clara como la luz del dia.

Meditemos la dignidad y los privilegios de María, para reconocer sin género alguno de violencia, la legitimidad del culto con que la honra el catolicismo. Y para preve-

nirnos contra esas objeciones tan viejas y tan desprestigiadas con que el protestantismo cree alarmar la buena fé, preguntamos á los del *libre exámen*; ¿son por ventura los honores divinos, los que el catolicismo rinde á la Virgen Santísima? Ciertamente que no. El catolicismo enseña y ha enseñado siempre, que la adoracion propiamente dicha, es exclusiva de la divinidad. Cuando á la Virgen se ofrece la adoracion, no adora el católico sino lo que hay en ella de la divinidad: ¿hay algo del hijo en una madre, y algo de la madre en el hijo? No está en manera alguna la divinidad en María segun el orden de la naturaleza; pero está revestida desde su concepcion de los esplendores de una gracia que no ha sido comunicada á criatura alguna: el esplendor de esa gracia es como un ornamento divino, preparado por la misma divinidad. El Evangelio la ha proclamado así, llena de gracia, y nos la ha señalado como la mujer bendita entre todas las mujeres: y ¿habrá estado en este punto tan explícito el Evangelio, para que seducidos un dia los cristianos por su misma brillantez, veneráran y honráran á la madre de Jesus, con ofensa del mismo Dios? ¡Cuánta ceguedad hay en el protestantismo!

El culto que el católico consagra á María tiene en Dios su principio y su término; y quisiéramos que algun protestante nos demostrara que tal culto envuelve la mas ligera sospecha de supersticion ó de

idolatria. ¿No es muy natural y muy admitido aun en las naciones menos civilizadas, que la madre del soberano reciba unos honores que se confunden con los del soberano mismo? Y en realidad esos honores ¿no tienen su razon en la dignidad del soberano de la que naturalmente participa la persona á él mas allegada? Pues aun así mismo, no pueden confundirse en manera alguna los honores que el católico tributa á Dios y á la Santísima Virgen.

La invocacion, manifestacion clásica del culto, no puede ser mas esencialmente distinta. Léanse todas las oraciones consagradas por la Iglesia al culto de María: la intercesion piadosa de la madre de Jesus es lo que en ellas se pide al Señor para el mejor éxito de nuestros ruegos. Dios, es siempre en el lenguaje católico el árbitro de nuestra suerte, mientras María es la constante medianera de los que se reconocen demasiado pequeños y enlodados para presentarse ante la grandeza y puridad divinas.

Si ha soñado alguna vez el protestantismo destronar á María de su sòlio, si ha halagado la efímera esperanza de apagar su amor en el pecho del catolicismo, no pase tantos y tantos años en el engaño. ¿Quién puede luchar contra el instinto de un pueblo esparcido por todo el universo para arrancarle una idea y un sentimiento heredados con la sangre y robustecidos por la fé?

Si el protestantismo tuviera corazón, reconocería agradecido la sapientísima providencia con que el Salvador del mundo ha adaptado el sistema de la religión á la índole del espíritu humano, y bendeciría mil veces su bondad. ¿Necesitaba el que era Dios, al despedirse desde la cruz de la mujer que había sido santuario de su encarnación, encomendarla á los cuidados de un hombre y decirle á ese hombre, que creía en su divinidad, «he ahí á tu madre?» Aquel hombre tenía madre ¿á qué esta nueva madre cedida por Jesús en un momento tan solemne?

Pero volvamos al Evangelio y estudiemos en cuatro palabras de San Mateo toda la grandeza y dignidad de María, toda la gloria que le cabe en ellas, todas las bendiciones que merecerá siempre del mundo redimido.

San Mateo nos dice que de *María nació Jesús que se llama Cristo*, y esto solo basta para justificar cuanto llevamos dicho en pró del culto de María, ya que ese culto no es en esencia otra cosa que una manifestación de consideración y amor; y ¿quién osará negar á María esos testimonios, vituperando al catolicismo por el esmero con que se los ofrece?

Es la madre de Jesús, y así como en razón de esa dignidad la vemos seguir muy de cerca los pasos del Redentor, identificándose en la obra de nuestra reparación hasta ofrecer sobre el Gólgota un sacrificio incomparable, asombro de los ánge-

les y milagro de caridad para los hombres, así es muy natural y muy digno del verdadero cristianismo, ese culto que conmemora y celebra la pureza, la caridad, el esfuerzo heroico de la mujer santísima, que lejos de poder pensar jamás en sí misma, fué una víctima voluntariamente consagrada al amor de su Dios y á la salvación humana.

Todas las tradiciones del mundo ridiculizan el escrúpulo protestante. Sería interminable si hubiese de apuntar cuantos datos nos ofrecen todas esas tradiciones, para observar cuan general es el acuerdo de la humanidad en este punto.

Como quiera que la redención es un hecho que llena con su grandeza la inmensidad de los cielos y la extensión del universo, ambos han celebrado con anticipación tanta inmensidad de grandeza. La voz del Eterno la anuncia en el Eden, y es conocida desde entonces la mujer que celebrada por Isaías, era caprichosamente bosquejada por los orientales de la India.

El cristianismo la recibió con delirio, y el mundo que levantó un cadalso para el hijo de Dios, desgarrando el corazón de la mujer bendita que le había concebido por la virtud de lo alto, se postró hoy henchido de pena, de amor y de esperanza al pié de la cruz, y llamada madre á la madre de Jesucristo.

Todas las generaciones que han levantado innumerables y fastuosos templos al Dios del Calvario, han coronado de perlas á la Virgen sin

mancha, y han alfombrado de rosas el pedestal que sostiene sus bellísimas imágenes. Las artes todas consagradas á embellecer los santuarios del Dios Redentor, inundan de poesía y de encanto la memoria de la vírgen de Nazaret.

La verdadera fé en Jesus se distinguirá siempre en el *cristiano verdadero* por una marcada simpatía á la Vírgen: y la marca de esa simpatía, la espresion de ella, es lo que se llama en el catolicismo culto de María.

J. B.

Insertamos con gusto la siguiente carta que se nos ha dirigido en vista de un artículo publicado en el número anterior, porque en ella encontrarán nuestros lectores algunas noticias bibliográficas interesantes sobre el Catecismo.

Sr. Director de EL SEMANARIO.

Mi querido amigo: He leído con singular complacencia en EL SEMANARIO CATÓLICO que V. dirige tan acertadamente un artículo del 1.º de Octubre, titulado: «Un Librito,» digno recuerdo del Catecismo de la Doctrina Cristiana.

En las Escuelas Pias, y en las de Párvulos, el testual ha sido el del P. Ripalda. Las nociones religiosas del erudito Fleuri aumentan la suma de buenas doctrinas que en España y en otras naciones se han enseñado para la mas perfecta educacion. El Catecismo del P. Ripalda está adicionado por el P. Larriba; el Catecismo de Perseverancia del abate Gaume, debe ser consultado. Antes San Pio V publicó otro Catecismo. Tam-

bien es recomendable el Catecismo Filosófico del abate Feller, y los dos publicados por el erudito Sr. Obispo de Santander, que si mal no recuerdo se imprimieron en Madrid en casa del señor D. Leon Amarita. Plácennos las páginas del Sr. de Vidurreta en su publicacion titulada: «La Concordia Evangélica;» nos admira la obra del médico Faura Soldevilla, cuyo epígrafe es: «Filosofia de la Legislacion,» modelo de modestia y de elegancia y sublimidad ingénu.

Como creo que esta clase de libros que están acordes en todo con las máximas evangélicas, pueden guiar por el mejor camino á la juventud; me tomo la confianza de hacer á V. esta breve é ingénu manifestacion, deseando con ella unirne á los buenos deseos que V. manifiesta en la publicacion de tan digno periódico.

Suyo atento S. S., El M. D. de los Baños de Busot,

Joaquin Fernandez Lopez.

De nuestro apreciable colega *La Ilustracion popular económica* tomamos el siguiente artículo:

LA TEMPLANZA.

Si hay una virtud que imprime sobre la fisonomía de los pueblos un algo que la ennoblece, indudablemente es la templanza.

Sin la templanza los dones mismos de la caridad no son muchas veces sino un monton de migajas, que de la mesa donde el poderoso celebra sus festines van rodando hasta la alforja del mendigo; y van rodando sin conciencia tal vez de que se practica una limosna, ó quizás, y esto es peor, se decanta el don por la miserable soberbia.

Ya vemos, pues, bien claro, que la

humildad reside muy separada del manchado mantel del dispendioso banquete.

Y en cambio la soberbia bate sus alas entre los vapores de los espumosos vinos, que perturban la enardecida imaginación del que se entrega á la repugnante intemperancia.

¡La caridad! ya lo hemos visto, suele verse vilipendiada al suponerse que al ejercer su santa misión, lo lleva á cabo cual el ensangretado matarife, que ya destrozada la res, advierte cerca de sí á un perro, y le arroja una piltrafa adherida á un hueso, mas con idea de ahuyentarlo, que con deseo de mitigar su hambre.

Pues bien, si el intemperante carece de caridad; si no es humilde cual hemos hecho constar, fácil es de comprender que á la par de la soberbia han de dominarle la envidia inspirada por el ageno fausto, la avaricia del oro con que sueña satisfacer sus inmoderados deseos, la ira que se enseñorea de su razón enardecida por los licores escitantes, la lujuria estimulada por la gula y finalmente la pereza, hija de la molición en que malgasta su existencia.

Y ¡oh! sí, nada de diligente ha de tener quien despierta con la imaginación oscurecida por los excesos y el cuerpo fatigado en fuerza de los desórdenes mas continuos: nada hallareis tampoco de casto en el que ha visto durante su sueño fantasmas lúbricos, que rodean su lecho en las horas de la noche en que duerme un sueño calenturiento, presidido por la embriaguez: no será paciente el que nota escapársele la vida como una cadena de placeres á que se consagra todo entero; y por fin, la largueza reside lejos, muy lejos de quien, como hemos hecho constar, nada tiene de humilde ni caritativo.

Esta es la pintura descarnada del intemperante, poseído, á no dudar, de todas las malas pasiones, apartado de las virtudes todas.

Generalicemos ahora, pues, la idea, dejemos de considerar aisladamente al individuo para formar juicio de lo que será un pueblo sin la virtud de la templanza. Si al carecer de ella, como probado queda, no posee otra alguna; si cada una de ellas es lazo que estrecha

los de la familia, un pueblo así, careciendo de todo vínculo que lo enfrene, privado de dulces afecciones que le atraigan, teniendo por norte el placer, por afán el lujo, por móvil el egoísmo; un pueblo tal carecerá de amor pátrio, y será endeble y cobarde, tan débil y meticuloso cual son todos los seres estenuados por el vicio.

Y ese pueblo estará á merced de todo otro pueblo que quiera arrancarle su independencia, y uncirle al carro de un conquistador.

Ejemplos sobrados nos presenta la historia, y fuera prolijo enumerarlos, mas siquiera sea de paso nos permitiremos evocar la grata memoria del heroico pueblo español en 1808. España abatió al coloso de Marengo, de Jena y Austerlitz, porque en nuestra península se encerraba un pueblo sóbrio; un pueblo en que los festines eran una excepción, las orgías ignoradas, el lujo escaso, las virtudes muchas, muchísimas.

El pueblo español, rico en creencias religiosas, entusiasta por sus tradiciones, émulo de todo lo grande, incapaz de una bajeza; el pueblo español, decimos, no era, si se nos permite la frase, un pueblo para cuanto concernia á su honra y á su dignidad, era un solo hombre, que tenia por aspiración constante el huir de cuanto pudiera serle padron de ignominia ó título de menosprecio de sus semejantes.

Y el pueblo español, temeroso de Dios, á nadie temia si de defender se trataba sus creencias y sus lares.

Y por eso el extranjero, despues de invadirlo casi todo, en pos de llevar á cabo exacciones y atropellos, encontróse árbítro nada mas de los sitios que pisaba en el momento; porque dentro de cada hogar tan solo habia una ley, la de Dios, una aspiración, la de la virtud, que no puede ser espontánea si deja de ser independiente.

Muchos vicios se nos pegaron ¡ay! en aquellos años de lágrimas y de luto; pero aun para honra nuestra existe hoy un cuadro en el Museo de Madrid; un cuadro en que se observan españoles casi muertos de hambre, que rechazan el pan de los franceses, que venia á ser para ellos el pan de la bajeza, que al sa-

tisfacer su cuerpo estenuado hubiera sido tortura para su alma noble.

¡Llor al pueblo español, que hijo de su templanza, tan alto llegó á colocarse! Baldon eterno para los que sojuzgados por la intemperancia, pretendian hacer comercio hasta del pan para reducir á los virtuosos que morian por falta de sustento.

¡Pueblo de héroes, yo te saludo y do-blego mi frente ante tí: todos los acordes de mi lira son tuyos y débil tributo de la admiracion que te profeso!

Quiera el cielo que al leer hoy mis compatriotas estas mal pergeñadas líneas, comprendan cuán grandes fuisteis vosotros y cuán pequeños llegaremos á ser si nos dejamos seducir por los perniciosos hábitos de otras naciones, que entre el mentiroso fausto de sus oropel caminan á su perdicion completamente desarmadas, porque no las defiende el diamantino escudo de la virtud.

Escuchad todos mi débil voz, escuchadla, yo os lo ruego.

Magnates, huid de los festines que enervan y degradan.

Pueblo, aléjate de las tabernas y garitos que embrutecen.

Y de este modo cerca, muy cerca del Dios de la misericordia sereis siempre fuertes, grandes é independientes, y podreis esclamar con noble y digno orgullo: «El pueblo español de la segunda mitad del siglo XIX es un reflejo de los héroes y mártires de 1808. Su norte es la religion, su guia la templanza, madre de todas las virtudes.

CÁNDIDO.

LEYES DEL VERDADERO AMOR:

por el V. P. Manuel Padial.

Quando el amor ejecuta
Obras de su obligacion,
Si flaquea, si descansa,
Si desmaya, *no es amor.*

Quando el amor está orando
En amorosa atencion,

Si se cae, si se entibia,
Si se inquieta, *no es amor.*

Quando en sequedad padece
Tormento de una opresion,
Si fluctúa, si no es firme,
Si se queja, *no es amor.*

Quando el amado se ausenta
Y le deja en afliccion,
Si se acobarda y se rinde,
Si se huye, *no es amor.*

Quando la piedad divina
Dilata su peticion,
Si no cree, si no espera,
Si no insiste, *no es amor.*

Quando tiene de sí mismo
Oculta satisfaccion
De que ama, de que adora,
De que insiste, *no es amor.*

Quando en adversa fortuna
Y en toda tribulacion
No es humilde, no es afable,
No es alegre, *no es amor.*

Quando favores recibe
En una y otra porcion,
Si los busca, si los quiere,
Si se llena, *no es amor.*

Quando siente en el afecto
Una viva inflamacion,
Si no enciende, si no arde,
Si no abrasa, *no es amor.*

Quando esta llama divina
Arde allá en el corazon,
Si no limpia, si no pule,
Si no adorna, *no es amor.*

Quando al amado contempla
Abrasado en aficion,
Si no enlaza, si no une,
Si no junta, *no es amor.*

¿Quieres, pues, alma, saber
Si tienes amor á Dios?
Obra y padece conforme,
Que cuanto más, *más amor.*

Sufre la Cruz de tu estado
Con paciencia y con valor,
Resignada, igual, gozosa,
Que cuanto más, *más amor.*

Sigue con la Cruz á Cristo;
Procura tu abnegacion,
Fina, fervorosa, ardiente,
Que cuanto más, *más amor.*

ARQUITECTURA CRISTIANA.

La Iglesia en las Catacumbas.

Durante la época de las persecuciones, los cristianos de Roma solían reunirse en unas excavaciones, ó *cryptas* subterráneas, donde enterraban á los mártires y á los que morían en la comunión cristiana, y allí mismo solían tener sus iglesias donde se reunían con grandes precauciones, para evitar las sorpresas de los gentiles é idólatras.

El difunto Cardenal Wisseman, en su preciosa obra titulada la *Fabiola*, donde, bajo las formas ligeras y amenas de una novela, ha trazado con singular maestría las costumbres de los cristianos primitivos, nos ha dejado la curiosa descripción de una de estas iglesias subterráneas.

„Imagínese el lector, dice, dos aposentos ó cámaras, situadas una á cada lado de una galería ó pasadizo, de tal manera, que sus puertas, ó mas bien anchas entradas, se encontrasen una enfrente de otra. En el fondo de una de ellas hay un *arcosolium*, ó sea sepulcro-altar; y lo probable es que los hombres se reuniesen en la primera división, bajo la custodia de los *ostiarii* (1), y en la otra las mujeres á cargo de las diaconisas. Esta separación de los dos sexos durante la celebración de los oficios divinos, se observaba estricta y escrupulosamente en las iglesias primitivas.

Algunas de estas iglesias subterráneas no carecían de adornos de arquitectura. Sus paredes, con especialidad en las inmediaciones del altar, estaban revocadas con yeso y pintadas; y las varias divisiones de que se componían, separadas por medias columnas de estructura graciosa, esculpidas en la piedra calcárea, las cuales adornaban también las entradas. En una de estas iglesias, que es la basílica de mayores dimensiones descubierta hasta hoy en el cementerio de Calixto, hay un aposento,

(1) Porteros. Funciones desempeñadas por un orden inferior en la Iglesia.

sin altar alguno, que tiene comunicación con la iglesia por medio de un conducto en forma de un embudo, el cual atraviesa la pared de barro, que tendrá de espesor doce pies, y va á parar en dirección oblicua al aposento, cuyo nivel es mas bajo que el de la iglesia unos cinco ó seis pies. De esta manera, las personas reunidas en el aposento podían oír cuanto en la iglesia se hablaba; mas nada podían ver de lo que pasaba en ella. Supónese naturalmente que este era el lugar reservado para aquella clase de penitentes denominados *audientes* (oidores ó que escuchan), ó para los catecúmenos aun no suficientemente preparados para recibir el bautismo.

Cada una de estas divisiones era doble; es decir, que se componían de dos grandes aposentos separados uno del otro convencionalmente; por medias columnas la parte que podemos llamar la iglesia de las mujeres, y por columnas de cuatro ángulos ó pilastras la de los hombres.

En una de estas se ve un nicho destinado á contener una imagen ó una lámpara; pero la particularidad mas notable de esta basílica es una prolongación del edificio con el objeto de proporcionarle espacio para el coro, cuyas dimensiones son exactamente la mitad de las otras divisiones, de las cuales le separan dos columnas pegadas á la pared, y le distingue, como sucede en los templos modernos, la menor elevación de la bóveda que le cubre. Cada una de las separaciones de las dos divisiones de la iglesia contiene en la pared un alto sepulcro coronado por un arco grande, y sobre este cuatro ó cinco hileras de nichos; mientras que la elevación del coro no excede en mucho la de esos *arcosolios* ó sepulcros-altares. En el centro mismo del fondo del coro hay una silla cuyo respaldo y cuyos brazos están tallados en la misma piedra sólida, y de cada uno de cuyos lados arranca un banco igualmente de piedra que corre á lo largo de la pared.

Como la mesa del *arcosolio* detras de la silla está mas elevada que el respaldo de esta, y este respaldo no se puede mover, es de inferir que los misterios divinos no se celebraban sobre este altar.

Era, pues, indispensable colocar delante del trono otro altar portátil y aislado en medio del santuario; y según la tradición, este era el altar de madera de San Pedro.

Aquí tenemos, pues, la exacta distribución de las iglesias fundadas después de la paz, y que todavía se ve en todas las antiguas basílicas de Roma: la silla episcopal en el centro del abside, ó sea á lo último de la nave principal, el presbiterio ó bancos para el clero, á derecha é izquierda; y el altar entre el trono y los concurrentes.

Por manera que los primeros cristianos establecían de antemano, en sus excavaciones subterráneas, las reglas que en lo sucesivo habían de servir de norma para la arquitectura eclesiástica.

EL INVENTOR DE LA CONFESION.

En el mes de julio último llegaba á Cádiz y me hospedaba en una fonda de esta ciudad, la mas encantadora y la mejor de España, no solo por su posición topográfica y su cielo siempre azul, sino también por el carácter dulce, delicado y gracioso de sus habitantes. Entré naturalmente en el comedor para tomar algun refrigerio, y vi á varios caballeros y señoras que almorzaban en silencio y con la mayor finura del mundo. Hubiera creído almorzar en el comedor del Grand Hotel de Paris ó en el Louvre, si la modestia y la pequeñez de la pieza no me hubiesen hecho notar que me hallaba en una fonda de provincia de España.

Tomé el último asiento al lado de un oficial del ejército español, que habiendo acabado de almorzar, leía un periódico. Mirando á mis compañeros, observé que todos estaban muy satisfechos de almorzar con un sacerdote extranjero, y mi sotana parecía haber producido buena impresión en el ánimo de todos, y doblado mi apetito. Finalmente, era bien acogido.

No había concluido mi ración de tortilla, cuando el oficial que estaba junto á mí, con un tono de admiración interrumpió el silencio diciéndome: «Señor

cura, encuentro un artículo en este periódico que me ha sorprendido sobremanera y hasta me ha indignado. Dice que la confesión no ha sido instituida por Jesucristo, sino que es una invención de los Papas, de fines del siglo x. No obstante, mi párroco, y yo lo he creído siempre, me ha dicho que Jesucristo ha sido el institutor de este sacramento, como lo ha sido de los demás. Suplico á V., señor cura, me diga si la razón está de parte de mi párroco ó del periódico que se imprime en Madrid.

—Con mucho gusto, respondí, aguarde V., querido amigo que acabe mi tortilla, y seré con V.»

Mi respuesta interesó á los demás circunstantes, y todos la aguardaban con una piadosa curiosidad que me manifestaba la indignación profunda que había ocasionado la pregunta del buen oficial. En dos minutos mi tortilla había desaparecido, y respondí poco mas ó menos en estos términos:

«Mis queridos amigos, es una antigua tontería la cuestión que me propongo resolver á este caballero. En Francia mas que en ninguna otra parte se oye la misma asercion, es decir, que la confesión ha sido inventada por los clérigos. La manía francesa de atacar todo lo que hay de mas sagrado en nuestra religion, ha invadido á los pretendidos sábios de España, que son hombres cándidos, extraviados ó ignorantes. para los cuales la confesión es un peso, un yugo insoportable. Aunque estamos en la mesa y no estoy acostumbrado á hacer sermones almorzando, voy á responder en pocas palabras.

La confesión ha sido inventada por los Papas, dice el ingenioso periódico de Madrid.

Le responderemos con el Catecismo en la mano: «El inventor de la confesión es Jesucristo Nuestro Señor, verdadero Dios y verdadero hombre.»

Abramos en efecto los Santos Evangelios, y encontraremos dos pasajes entre otros sobre el poder concedido por Jesucristo á sus ministros de perdonar los pecados. El primero de estos pasajes contiene la promesa de ese poder; el segundo encierra el cumplimiento de la promesa.

En el capítulo xvii del Evangelio de San Mateo, Jesucristo dijo á sus Apóstoles: *Todo lo que hayais atado en la tierra, será también atado en el cielo, y todo lo que hayais desatado en la tierra, será también desatado en el cielo.*

Hé aquí en el capítulo xx del Evangelio, según San Juan, cómo se cumplió esta promesa. Era el día de Pascua, día de la Resurrección misma de Jesucristo. Todos los Apóstoles estaban reunidos en el cenáculo orando, cuando en medio de ellos apareció Jesús. *Recibid, les dijo, el Espíritu Santo; como mi padre me ha enviado, lo mismo os envío. Los pecados serán perdonados á aquellos á quienes los perdonareis y serán retenidos á aquellos á quienes vosotros los retuviereis.*

No se necesitan ciertamente grandes discursos para comprender la significación de estas palabras. ¿Quién se atreverá á negar que Jesucristo dió á sus Apóstoles primeros sacerdotes y primeros pastores de su Iglesia, el poder de perdonar ó retener los pecados, según que lo juzgasen conveniente? ¿Quién podrá negar que los instituyó jueces sin apelación de las conciencias con plenitud de poderes?

Jesucristo, pues, hijo único de Dios, es quien ha ordenado que todos los hombres que después del bautismo se han hecho culpables de pecado, vayan á los pies de sus ministros á confesar sus culpas para obtener perdón.

Jesucristo y no otro es, pues, quien estableció é impuso la confesión.

¿Para qué serviría, en efecto, la facultad de perdonar ó retener los pecados que Jesucristo concedió á sus Apóstoles, si los fieles no estuviesen obligados á confesar estos pecados, ó si fuera de la confesión hubiera otro medio de obtener la remisión de ellos? ¿De qué serviría darle á uno las llaves de la casa y constituirle en guardián para estorbar la entrada, si se pudiera penetrar por otra puerta?

Los cristianos, pues, están obligados á confesar los pecados al sacerdote, y la confesión es, por derecho divino, el único medio de obtener perdón. Esta verdad ha sido reconocida en todos los siglos, y

en todos los siglos los cristianos han practicado la confesión. Así, pues, en el siglo iv, vemos á San Ambrosio muy dedicado á oír las confesiones de los penitentes, y el autor contemporáneo de su vida añade: que lloraba de tal modo por los pecados que le confesaban, que los penitentes no podían menos de llorar con él.

En el mismo tiempo oímos á S. Agustín echar en cara á los herejes de Africa su pretensión, que después ha sido renovada por los protestantes, de no querer confesarse más que á Dios solo. ¿Acaso ha dado en vano, les dice, el Señor las llaves del cielo á su Iglesia? ¿Ha dicho en vano *todo lo que hayais desatado sobre la tierra será desatado en el cielo*? Os burláis del Evangelio; afirmáis lo que él niega.

En el segundo y tercer siglo tenemos en los libros de los Padres, testimonios brillantes relativos á la necesidad de la confesión hecha al sacerdote. También se han descubierto en las catacumbas muchos asientos que por su forma y su situación en las capillas, dan indicios manifiestos de haber sido confesionarios. En fin, en las actas de los Apóstoles se vé á los paganos convertidos en Efeso, dóciles á la voz del Apóstol San Pablo, *venir en tropel para confesar sus acciones*, lo que evidentemente no puede entenderse sino de sus acciones culpables; es decir, de sus pecados.

Al establecer la confesión nuestro Salvador, nos la dió como un remedio para los males de nuestras almas, como un medio seguro de volver á la gracia de su Padre celestial.

La confesión no tiene pues otro inventor que Jesucristo, y se puede decir con toda verdad que es una invención de la misericordia, de la bondad, de la ternura amorosa de nuestro divino Padre.

Mientras que yo hablaba así, un rayo de satisfacción y de placer interior veía brillar en el rostro de mi oficial y de las demás personas, y concluí diciéndoles; «Permitanme Vds., señores, que acabe de almorzar.»

De la revista mensual titulada *La lámpara del Santuario* tomamos el siguiente artículo:

SANTA CATALINA DE SENA.

Se puede decir que la vida de esta virgen fué toda ella un prodigio de la gracia de Jesucristo, de donde dimana su singularidad; pues mientras que las vidas de los santos se escriben comunemente para servir de ejemplo á los fieles que las leen y meditan, la vida de Catalina en su mayor parte no se propone á la imitacion de los cristianos que quieren santificarse, sino que tiende á demostrar la omnipotencia de la gracia de Jesucristo, quien para glorificarse á sí mismo prescindió en favor de esta Santa de las reglas generales de sus dones. No es decir esto que falten en ella ejemplos que se pueden imitar, pues aunque en la caridad, en la paciencia, en la mortificacion, en el celo por la gloria de Dios y por la salvacion del prógimo pasó de la medida de los divinos preceptos, elevándolos á actos heróicos y enteramente maravillosos, cada cual puede tomar para sí aquella parte que le convenga segun su deber y sus fuerzas. Pero lo que mas brilla en ella es la prodigiosa y continua accion de la gracia, que la hace vivir en la carne como un serafin del cielo, si fuese posible mezclar con los gozos celestiales de los serafines los padecimientos de la carne: son las enagenaciones de los sentidos, las visiones admirables las aún más admirables é íntimas comunicaciones con el Esposo divino; en fin los portentos de que el estúpido hombre de la ciega soberbia se burla, pero que el hijo de la fé sábiamente venera como la bella aureola que corona la virtud heróica y convida á practicarla, infundiendo el mas sublime amor al Dios de las virtudes y de los portentos y á los corazones gran confianza en su infinita bondad.

Dócil siempre desde la niñez, retirada, abstinerente devotísima á la par que dotada de una prudencia y un juicio muy superiores á su edad, el Dios *caridad* la habia ido atrayendo á sí fuertemente

por medio de algunas muestras de aquellas dulzuras inefables respecto á las cuales toda dulzura terrena es insipida y aun amarga. Pero como despues la fué separando de la tierra por varios modos y hasta de toda afeccion terrenal aun la mas inocente, cuando la vió ya digna de aquellos misticos esponsales que la unieron con indisoluble lazo y la hicieron esposa del Salvador y depositaria de su divina misericordia, ya no tuvo medida la abundancia de las celestiales bendiciones con que quiso privilegiarla. Los arrobamientos llegaron á serla casi continuos, y ya no solo le daban en el secreto de su habitacion y en las Iglesias, donde la quietud del lugar y el recogimiento de los sentidos debia favorecerlos, sino tambien en parajes abiertos y frecuentados, como en las calles y en las plazas, aunque lo mas general era al pié de los altares y despues de comulgar. Entonces sus sentidos se enajenaban hasta tal punto, que ni la vista ni el oido ni el tacto experimentaban sensacion alguna: todo su cuerpo permanecia frio como el mármol, y lo que es mas, sus miembros en tan extraordinaria rigidez, que en la misma posicion en que el espíritu de Dios la habia encontrado al sorprenderla, no era posible separarlos por esfuerzos que se hiciesen para conseguirlo. Así las manos, los brazos y el cuello se hubieran podido ántes romper que separarlos un ápice de la posicion en que se encontraban.

Pero seria temeridad tratar de explicar todo lo que en estas elevaciones hacia Dios veia y gustaba Catalina, puesto que ella misma no lo sabia expresar. Preguntada por el Confesor, solo respondia generalmente: «Es tal la alegría y el júbilo que siente mi alma, que me maravillo sobremanera de que pueda permanecer en el cuerpo;» y otra vez dijo: «Es tal el ardor que experimenta mi alma, que nuestro fuego material me parece frio comparado con el que yo siento, y que en vez de quemar enfria, y este fuego que tengo dentro produce en mi alma una cierta renovacion de pureza y de humildad tal que me parece haber vuelto á la edad de cuatro ó cinco años (y tenia ya mas de veinte); al mismo tiempo se enciende en mí tan gran

amor al prógimo, que para servir á cualquiera sufriría de muy buena gana la muerte del cuerpo con gran alegría de corazón.» Y en efecto, ¿qué no podrá hacer de alto y de fuerte el amor divino, aquel foco de actividad infinita que es por naturaleza, si tanto poder ejerce en los ánimos humanos el solo amor terreno y carnal?

Ardiendo la santa virgen en tan vivo y perfecto amor de Dios, no tenía otro deseo mas que el de incorporarse todos los dias á Jesucristo en la Sagrada Eucaristia; y esto, que era en parte un refrigerio á su llama, porque se unia por amor á aquel que ella amando deseaba, en parte era tambien aumentar el fuego y excitar todavía mas el ardor de su deseo. La sucedia siempre, no precisamente arrebatarse en éxtasis despues de la Comunión como hemos dicho, sino el permanecer éxtática dos ó tres horas, y en tales arrobamientos mostrársele Jesucristo, dispensándola caricias del mas dulce atractivo, que ninguno entiende sin haber experimentado poco ni mucho alguna vez.

En varias ocasiones, y particularmente en una, el Señor hizo con ella oficios de madre, despues de una fortísima victoria que ella alcanzó sobre el asco excesivo y el horror de un horrible cáncer que la naturaleza habia despertado en ella, despues de haberle muchas veces curado con tanta caridad en el pecho de una pobre; se fué á comulgar y de repente arrebatados sus sentidos, el buen Jesús abriendo su sagrado pecho y mostrándole la herida de su costado la invitó á chuparla, asiéndola además con la mano por el cuello y acercándosela, para que su boca se acercase á la fuente de aquella llaga: bebe, la dijo, hija mia; bebe de mi pecho cuanto quieras, y en premio del asco que por mi amor has sufrido, sáciate ahora hasta embriagarte con la dulzura que te hará gustar mi sangre. Animada Catalina con tan gran benignidad, aplicó su boca á aquella herida y la chupó cuanto quiso con tal embriaguez de celestial suavidad que ninguno se atreverá ni aun intentar describirla.

A las admirables comunicaciones de que gozaba alcanza tambien fé aquel

quedarse, mientras duraban, toda su persona en completa rigidez, como ya se ha dicho, y al mismo tiempo con semblante encendido como llama, y hasta radiando viva luz, de modo que todos los que la veian se enternecian hasta derramar lágrimas. En seguida su delicado cuerpo, que no podia corresponder á la fuerza y á la virtud del alma nutrida y recreada con tan beatífico alimento, se quedaba abatido, dolorido, extenuado, y enteramente falto de fuerzas por efecto de verdadera enfermedad de amor; por todo lo cual se veia obligada á permanecer como inerte en su camita, de la cual sin embargo se volvía á levantar enteramente fresca, ágil y vigorosa para dirigirse, al parecer en alas del mas vivo deseo, á las celestiales delicias de la Comunión y á las obras de caridad.

Creciendo cada dia mas y aumentándose en ella esta llama de amor de Dios, se puede decir que su vida no era otra cosa que amor hasta el extremo de no necesitar comida ni bebida, ni aun de la misma vida.

Sabido es que ella por efecto de un verdadero milagro permaneció muchos años sin necesidad de comer mas que el pan, que es la carne del Señor en el Sacramento. Nada podia comer mas que este pan celestial, pues su estómago no admitia, además de las especies eucarísticas, más que el agua fria para aplacar el ardor del pecho, y si se la obligaba por fuerza á comer algo, por poco que fuese, eran tan crueles los dolores que experimentaba que no lograba descanso hasta que lo arrojaba, y así la convenia provocar ella misma el vómito. Y sin embargo, por no dar ocasion de queja, Catalina consentia en comer, aunque debiese despues pagar aquel poco de alimento con tan crueles dolores; por lo que, cuando la llamaban á comer, decia sonriendo: «Vamos á hacer justicia á esta miserable pecadora.» Y en verdad que otras justicias se iban cumpliendo en ella! en ella, que se habia ofrecido como víctima de expiación por la paz de la Iglesia, perturbada á la sazón por el cisma y la conversion de los pecadores más desesperados. Como si nada fuese la fatiga de tantos viajes que emprendió para volver á Roma el Cristo de la tier-

ra, como ella solia llamar al Papa; nada, escribir tantas cartas doctísimas al mismo Santo Padre, á los Cardenales, y á los más distinguidos personajes de la corte de Roma; el predicar en presencia de los Cardenales y del Papa, amonestando y exhortando á cada uno á hacer lo debido para poner pronto término á tantos males que estaban sufriendo la Iglesia y el mundo; y si como nada valiesen los exquisitos dolores que el Esposo crucificado la hacia padecer en las manos, en los pies y el costado, hiriéndola aunque con llagas invisibles á semejanza suya; los demonios, á cuya discrecion estaba abandonada como víctima de expiacion, enfureciéndose cada vez más y más con ella, la maltrataban y maceraban hasta tal punto, que los golpes y los cardenales se veian en su cuerpo miserable y extenuado ya, por efecto de tantos otros tormentos voluntarios. Se puede formar una idea de la crueldad de aquellos martirios diabólicos por un pedazo de carta suya en que habla del primer asalto con que la atormentaron: «Fué tal el dolor de mi corazon, que agarrándome de pronto el vestido, rasgué todo lo que mi mano cogió haciendo movimientos y contorsiones en la capilla, como persona convulsa, en cuyo acto si alguno me hubiese agarrado, inmediatamente me hubiera quitado la vida. Al llegar el lunes me ví precisada á escribir al Cristo de la tierra (el Pontífice) y á tres Cardenales, y me hice ayudar para llegar á mi escritorio; pero así que acabé de escribir al Cristo de la tierra, se aumentaron de tal modo los dolores de todo mi cuerpo que no pude escribir más.»

Tres meses poco mas ó menos duró este martirio, que al fin la quitó la vida, pareciendo un verdadero milagro que pudiese vivir ni una hora en aquel estado, en el cual viéndola sus compañeras, se asombraban y lloraban. Y sin embargo el pan cotidiano, que la sostenia, no solo la prolongaban la vida sino que la mantenía fresca, risueña, alegre y contenta sobre todo lo que se puede decir y creer con aquellos pasmos mortales de cuerpo y espíritu; aun más, obtenia cada mañana fuerzas maravillosas para levantarse de su lecho de martirio,

y andar una buena milla que distaba su casa en Roma de S. Pedro para comulgar diariamente; y despues de la Comunion venian siempre los éxtasis acostumbrados, despues de los éxtasis los accidentes, los crueles dolores y las mortales agonias, por lo cual así que llegaba á casa, la era preciso volverse á echar en la cama, como cosa concluida y muerta; pero para levantarse al dia siguiente llena de vida y de fuerza, y repetir la ida á San Pedro con un paso tan veloz, que cansaba á los mas valientes. ¡Oh! ¡cuán cierto es que el amor es mas fuerte que la muerte! Cuán consolador es ver en estas almas elegidas una singular comprobacion de la palabra del Señor: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros» y «el que coma de este pan, que es mi carne, vivirá eternamente.»

En uno de los viajes ya mencionados á la Basilica Vaticana la fue revelado por Jesucristo, que la navecilla de su Iglesia, que estaba puesta sobre sus espaldas, la iba á cargar de manera que ella como débil virgen caeria muerta bajo su peso. Esto presagiaba la pronta disolucion de su cuerpo, que el Señor recibiria en sacrificio para purgar las manchas de la Iglesia misma, al abrir las puertas del cielo á aquella que se le sacrificaba de tal manera y con tan buena voluntad. Y en efecto, pocos dias despues pronunciando aquellas palabras: *Tú, Señor, me llamas y yo vengo, y en tus manos encomiendo mi espíritu,* plácidamente espiró el 29 de Abril.

Ah! si el mundo en lugar de burlarse de aquello que no llega á comprender, buscarse mas bien en las vidas de los Santos lo que cualquiera puede atender, esto es, el gran bien que hicieron, ¡cuánto mas justo seria al apreciar sus virtudes, y la omnipotencia de aquella gracia que asiste al hombre para que llegue á la santidad! Al menos, ¡cuánto mas prudente seria que suspendiendo todo juicio sobre lo que supera á los sentidos aprendiese de lo que está al alcance de los mismos sentidos sin dejar por eso de ser maravilloso! En cuanto á nosotros mismos tengamos, si, tengamos confianza en que la gracia misma, tan

amante y prodigiosa, nos ha de dar la fuerza y voluntad necesarias para observar la ley, en la cual descansa por completo el misterio de la salvacion.

EL SANTO ANGEL DE LA GUARDA.

Desde que nace el hombre tiene á su lado continuamente un *amigo* invisible, pero seguro y fiel, que le acompaña de continuo, le auxilia en sus trabajos, le liberta de muchos y graves peligros y le aconseja á cada paso, y siempre bien y con acierto.

Jamás tiene derecho el hombre á decir que *está solo*. Aun cuando se vea en un calabozo oscuro, abandonado y olvidado de todos, en un desierto ó en medio de una isla deshabitada, allí está su *amigo y compañero* que vá siempre con él á todas partes, que no le abandona por muy desdichado que sea.

Jamás tiene derecho á decir que *todos le abandonan*. Le abandonan los hombres; pero su fiel *amigo* y compañero no le abandona, y es injuriarle no acordarse de él y despreciar su compañía como si no existiera.

Jamás tiene derecho el hombre para decir que *no tiene favor alguno*. ¡Oh! ¡Vale tan poco el favor de los hombres, y se busca tanto! ¡Es tan incierto! Óyese decir á cada paso:

—Yo no tengo valimiento ni recomendacion alguna. ¡Si yo tuviera un ministro ó un diputado que me diese la mano, mi suerte cambiaría!

¡Oh, ciego! tienes ahora mismo un amigo que puede más que todos los ministros y poderosos de la tierra, y andas buscando el favor de los hombres que no te hacen caso, y te olvidas del poderoso amigo que á tu lado tienes.

—¿Pero dónde está este amigo? Yo no le veo.

¿Y qué, ves tú todo lo que existe á tu lado y en ti mismo? ¿Ves acaso tu alma, tu entendimiento y tu memoria? ¿Ves acaso á Dios? y con todo, no serás tan necio que dudes de su existencia. ¿Ves acaso tu corazon y tus entrañas?

Si tienes padre y estás ausente de él,

¿porque no le veas, dejas de tener padre?

—¿Pero quién es ese amigo tan poderoso, tan bueno, tan sábio, que está siempre conmigo, me quiere tanto, y con todo no logro verlo?

Algun dia le verás por tu bien ó por tu mal: por tu bien si has sido bueno, honrado, sufrido, caritativo y laborioso, siguiendo sus consejos: por tu mal si has sido holgazan, impío, blasfemo, vengativo, sensual, murmurador, ó vicioso en cualquier concepto.

Ese amigo se llama el Santo ANGEL DE LA GUARDA. Te presenta el lirio como simbolo de la pureza de tu vida y la palma como señal de la victoria.

Es de fé que cada hombre le tiene. Hablando de los niños dice el Santo Evangelio: *Sus Angeles siempre ven la faz de Dios*. Asi como el hombre tiene demonios, ó seres malos que le combatan, tiene tambien el Santo Angel que le defiende. Los reinos ó naciones y los pueblos mismos tienen sus Angeles *custodios* ó de la Guarda. Las personas piadosas cuando van de viaje, siempre suelen saludar al Santo Angel de la Guarda cuando pasan por un pueblo. San Francisco de Sales lo recomendaba mucho, y aseguraba que personas que lo hacian habian sido libradas por ellos de no pocos peligros y asechanzas.

LA PRUSIA Y EL CATOLICISMO.

Cuán católico y en qué intenso grado lo sea el cristianísimo Emperador de los franceses, y cuan entrañable su amor para con la Iglesia y el Vicario de Jesucristo, de quien se ha declarado hijo devotísimo, son cosas que todos conocen, y no hay necesidad, por lo mismo, de gastar palabras para manifestarlo. Será mejor que procuremos formar alguna idea fundada sobre la politica presente de Prusia, y sobre lo que puede esperar ó temer la Iglesia por el aumento de la fuerza é influencia prusiana.

Despues de la batalla de Sadowa y el tratado de Praga, los católicos y los protestantes tedescos trataron de determi-

nar qué nueva era iba á instalarse para los unos y los otros con motivo de las victorias de Prusia. Los primeros que abrieron el campo fueron los periódicos, y entre otros el *Augsburger Post-Zeitung*. Luego vinieron los libros, y entre todos fué célebre el del Obispo de Maguncia, Mons. Ketteler, con el título *Deutschland nach dem Kriege von 1866*, ó sea *La Germania despues de la guerra de 1866*.

Poco despues se publicó un opúsculo que hizo mucho ruido entre los tedescos, y una carta, sin nombre del autor, dirigida al Arzobispo de Mónaco, con el título: *Offenes Serisdchreiben an S. Excellenz den hon hochwourdigsten Herrn Errbischof von Munchen-Freising*. De las citadas publicaciones y de los notables artículos del *Deustches Volksblatt* tomamos algunos apuntes.

Lo mismo el autor de la carta al Arzobispo de Munich como Mons. Ketteler, Obispo de Maguncia, concuerdan en afirmar que el aumento de fuerza del poder prusiano no puede perjudicar al catolicismo. Aun sin esceptuar los súbditos del católico y apostólico imperio austriaco, en ningun Estado de la Germania ha estado tan libre la Iglesia en estos últimos tiempo como en Prusia: y los católicos prusianos han aventajado á todos los demas en la firmeza de la fé y en el ardor afectuoso al Vicario de Jesucristo.

El abate O. Delare, que escribió un bello artículo en *Le Correspondant* de Paris del 25 de octubre de 1867, intitúlándole *La nueva Alemania y los intereses católicos*, no dudó afirmar que «los católicos franceses se tendrian por dichosos si se les concediese á ellos la libertad que aseguran á los católicos los artículos 12, 13, 14, 15, 16, 22, 24, 25, 26 y 36 de la Constitucion vigente del reino de Prusia. El art. 36, que asegura la libertad de asociacion, seria por sí solo para nosotros un beneficio inestimable.»

El Rey de Prusia, Federico Guillermo IV, autor de esta Constitucion, ha manifestado siempre ánimo benévolo respecto de los católicos de su reino, y les ha hecho olvidar los tristísimos días y la infernal persecucion que urdió Fe-

derico Guillermo III contra el Arzobispo de Colonia y el Obispo de Breslavia.

Las congregaciones religiosas de varones, y especialmente la Compañía de Jesus, tienen la entrada libre en Prusia, y pueden establecerse donde les acomode. Seiscientos cincuenta y ocho Jesuitas ejercian libremente su ministerio antes de la batalla de Sadowa, y catorce religiosos de esta congregacion sirvieron como capellanes en los regimientos polacos, westfalios y renanos que combatieron en la guerra de 1866.

Nunca se ha visto en nuestros dias en el reino de Prusia lo que se ha visto en Italia, en Francia y aun en muchos Estados de la antigua Germania. No se ha visto la innoble persecucion del gobierno gran ducal de Meklemburgo, que obligó á un gentil hombre católico á echar de su castillo á un sacerdote católico. No se ha visto la intolerancia de las Asambleas provinciales de Holstein, ni los asaltos de Itzehoe contra las órdenes religiosas. Prusia no rehusó jamas como el Senado de Francfort, un asilo á las Hermanas de la Caridad, ni trató de alarmar las conciencias como la Hesse electoral, ni se espantó, como los protestantes de Dresde, de una capilla dedicada á San Francisco de Sales.

Muy al contrario, entrando Prusia en las tierras que le abrió la victoria, es preciso decirlo, les concedió tambien la libertad religiosa; y detrás de sus soldados vinieron las Hermanas de la Caridad, las Hermanas de las escuelas católicas y el misionero, con la libertad de predicar á Jesucristo Crucificado. Y el apóstata Rouge, que insultaba la Iglesia con la palabra y la pluma, huyó de Francfort apenas tremoló en la ciudad la bandera prusiana, y corrió á establecer en Manheim la cátedra de sus blasfemias.

En suma, en el año 1866, Prusia en todas las provincias anexionadas ha hecho lo propio que hizo en el gran ducado de Baden el año 1849. El general prusiano De Schreckenstein, así que hubo entrado en el territorio badense para sujetar los insurrectos, al instante concedió á los Jesuitas el hacer misiones por estar bien persuadido que la voz del misionero católico valia mil veces mas

para restablecer el orden que la punta de la espada.

Se podría discutir sobre las razones que movieron á Prusia para abrazar esta política, y es cierto que no lo ha hecho por amor al catolicismo; empero los hechos son espléndidos y constantes, y no se pueden negar. Si nuestro Santo Padre Pio IX, recorriendo en su memoria los años gloriosos y dolorosísimos de su pontificado, debiese declarar de qué potencia había recibido menos motivos de queja, seguramente tendría que responder: "Del Rey prusiano."

No negamos por esto que también en Prusia ha tenido motivos de queja. Se quejó efectivamente que no se miraba en todo por los derechos de los católicos; porque habiendo en aquel reino el año 1864 11.736,734 protestantes y 7.201,911 católicos, sin embargo, había 110 gimnasios protestantes y solo 38 católicos; de manera que, respecto de los católicos, había un gimnasio para cada 189,524, y los protestantes tenían un gimnasio para cada 106,607 de su comunión.

Se quejó también nuestro Santo Padre de que en toda Prusia no hubiera una sola Universidad puramente católica, y que hubieran quedado fallidos todos los esfuerzos practicados para que quedase completa la de Münster. Igualmente se quejó de que en los estados anexionados á Prusia el año 1866 se exigiese al sacerdote católico un juramento mucho más solemne que el que habían pedido á los ministros protestantes. Ha tenido también el Vicario de Jesucristo otros muchos motivos de amargura; pero sobrellevó semejantes ofensas porque provenían de un enemigo.

Pero ¡ay! ¡cuán mayores, más numerosas y más atroces han sido las injusticias que le han hecho sus hijos, que han tratado hasta de arrojarle de su Trono; y no contentos aun de haber despojado á la Iglesia, han querido reducir á su propio Padre hasta el extremo de no dejarle una piedra donde reclinar la cabeza! Al menos el Rey de Prusia no les ayudó, no les aconsejó á su inícuca empresa; y cuando pudo, dirigió, como el año 1860, algunas palabras de reprobación á los agresores, y más tarde se aprovechó de todas las ocasiones para

enviar algún consuelo al Santo Pontífice. (*Trad. de Fr. S. A.*)

De LA CRUZ.

MISCELÁNEA.

—El Domingo último terminó en la Colegiata de San Nicolás la solemne novena en honor de Ntra. Sra. del Rosario. La función en esa tarde, aunque llovía en abundancia, fué concurrida y de gran lucimiento. Después de reservada S. D. M. se hizo la procesión de costumbre.

En los días 3, 4 y 5, se han tenido las cuarenta horas en la Iglesia de Madres Capuchinas, según se anunció. Diferentes señores hicieron vela al Santísimo Sacramento, y todas las demás prácticas de estos ejercicios se han celebrado con solemnidad y devoto concurso.

—Leemos en un periódico de Madrid:

"*El Papa Infalible*, velada cristiana sobre la infalibilidad pontificia al alcance de las mujeres y los niños.

Con este título acaba de llegar á nuestras manos un folleto de larga doctrina que hemos leído con singular complacencia.

Al alcance el librito de las inteligencias más vulgares, pone la del nuevo dogma, deshace los argumentos de los incrédulos y demuestra que la infalibilidad pontificia es un dogma religioso y una necesidad racional.

Con gracejo está sostenido el diálogo; con profundos conocimientos y en llano estilo tratado el asunto. Los que crean si leen este folleto se afirmarán en la fé; los que duden; pero buscando la verdad, disiparán sus dudas; los que hayan de combatir, en él encontrarán armas incontrastables para vencer.

Si nuestro ruego algo vale para el autor, no ceje en el camino emprendido de poner al alcance de los corazones sencillos la razón de nuestra creencia, que no se necesita hoy tanto escribir para los que saben, como para los que no saben; que no ha de intentarse tanto

convertir inteligencias corrompidas que por milagro vuelven al recto camino, como afirmar en su fé al pueblo al que trabajan por descatorizar los sectarios del error.

Si un alma extraviada vuelve al redil, si una conciencia vacilante desecha su incertidumbre al leer ese folleto, ¿qué mas grande obra? ¿qué mas premio para su piadoso autor?

—*El Boletín Eclesiástico* del Arzobispado de Valencia, anuncia á sus lectores que en lo sucesivo no publicará sino alguno que otro número, porque la falta de recursos del clero no permite otra cosa.

—En Matanzas se ha establecido una fiesta nacional, que deberá celebrarse todos los años el 8 de setiembre, dedicada á la virgen de Covadonga, como símbolo de la nacionalidad española.

Han sido grandes los preparativos que se han hecho creyéndose seria inmensa la concurrencia que asistiese á esta solemnidad.

El capitán general, fué invitado por el pueblo.

—En el colegio católico establecido en Madrid en la calle de las Torres, núm. 4, de que es director el presbítero doctor en sagrada teología y jurisprudencia Don Gerónimo Martínez, establecimiento ya tan ventajosamente conocido, acaba de establecerse la enseñanza de los dos primeros años de la carrera de derecho.

Será profesor el doctor Bahamonde de Lanz, que lo ha sido en la Universidad central con crédito reconocido.

Habiendo discípulos en número suficiente se estenderá la enseñanza á todos los años de la facultad correspondientes al período del bachillerato.

—En la batalla de Sedan murieron cuatro Hermanas de la caridad.

Visita de la Côte de María, en la presente semana.

Día 8.—Ntra. Sra. de los Angeles, en San Nicolás.

Día 9.—Ntra. Sra. del Rosario, en Sta. Maria y San Nicolás.

Día 10.—Ntra. Sra. de la Escalera, en San Nicolás.

Día 11.—Ntra. Sra. de Gracia, en San Francisco.

Día 12.—Ntra. Sra. de la Anunciación, en San Nicolás.

Día 13.—Ntra. Sra. de la Esperanza, en idem.

Día 14.—Ntra. Sra. del Consuelo, en las Monjas Agustinas.

CULTOS RELIGIOSOS.

Santos de la Semana.

Sábado 8, Sta. Brígida, viuda.—Domingo 9, S. Dionisio Areopag. ob. y cp. mrs.—Lunes 10, San Francisco de Borja, c.—Martes 11, S. German, ob. y mr.—Miércoles 12, Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza.—Jueves 13, San Eduardo, rey y conf.—Viernes 14, San Calixto, papa y mr.

Iglesia Colegial.—El domingo misa conventual. El jueves misa del Espíritu Santo. El sábado misa de renovacion.

Iglesia de Santa María.—El domingo misa conventual. El sábado misa de renovacion á las ocho de la mañana.

Iglesia de las Monjas Capuchinas.—El domingo misa de comunidad. El jueves por la mañana misa de renovacion y por la tarde á la hora de costumbre, la meditacion y trisagio.

Convento de Religiosas Agustinas.—El martes se celebrará misa de renovacion por la mañana á las ocho.

ALICANTE.—1870.

IMPRENTA DE J. GOSSART.